



“LLEVAD ESA ANTORCHA A LOS COLEGIOS Y A LAS UNIVERSIDADES Y DECIDLES A VUESTRAS COMPAÑERAS QUE CRISTO ES LA ÚNICA VERDAD”,

dijo S. E. el Sr. Cardenal en el acto de clausura.

“Mujeres y jóvenes, es misión nuestra conducir las multitudes. Dar y darnos a todos los que nos rodean para despertar en ellos también el deseo de conocer y poseer a Cristo”, expresó la Srta. Nelly Marini.

“Nosotros vamos a destruir el mal del siglo presente con la gracia de Dios y el auxilio de nuestros pastores. Vamos a destruir el mal del siglo presente que es el miedo de vivir”, fueron las palabras del Presbítero Manuel Moledo.

DISCURSO DE LA SEÑORITA NELLY MARINI

Excelentísimo señor Presidente: En nombre de todas estas Congresistas católicas y argentinas, os agradezco vivamente vuestra presencia en este acto, al que dáis con vuestra alta investidura intenso calor de Patria.

Tened la certeza de que las oraciones fervientes de todas ellas piden a Cristo, Señor de Señores y Señor de los que dominan, que os conceda las luces excelsas que se requieren para conducir los hombres a aquella felicidad terrena, que es anticipo y como pórtico de la eterna.

Eminentísimo señor Cardenal, Padre y Pastor amantísimo de esta tan amada Arquidiócesis vuestra y nuestra, a vos ¿qué podremos decir nosotras, que vos, con la intuición de un Padre, ya no sepáis?

Vengo, tan sólo y representando a mis compañeras, con el gozo de los setenta y dos discípulos del Evangelio, a poner a los pies de vuestra sagrada púrpura todo este Congreso, con sus trabajos, sus luchas, sus alegrías, y sus bendiciones que gracias a Vos pudimos realizar.

La juventud femenina de Buenos Aires representada por la Acción Católica y las Asociaciones Católicas, os ofrece y dedica esta primera ofensiva apostólica y os pro-

mete, eminentísimo señor, que estará siempre a las órdenes de la Iglesia.

Excelentísimo señor Nuncio de Su Santidad, en la certeza que nos da el paterno afecto que sabemos nos tenéis, vivimos en este momento ante vuestra presencia de la perfecta sensación de que a través de Vos nos ve y nos escucha la augusta, venerada y amada persona del Santo Padre.

A El, piedra angular y cumbre radiante de la Iglesia, el juramento de nuestra fidelidad y amor inquebrantables, cuya expresión externa quisimos que fuera no otra cosa que un Congreso de Jóvenes, esfuerzo el mayor que éramos capaces de realizar.

El Congreso de las Jóvenes de Buenos Aires es todo para Cristo y su Vicario.

Por eso postradas a los pies del Cristo en la tierra, estamos dispuestas como Pedro a dejarlo todo para seguirlo.

Al Papa, pues, en su vigésimo quinto aniversario de Episcopado, llegue por vuestras benévolas manos, excelentísimo señor Nuncio, nuestra ferviente ofrenda.

Al señor Intendente quiero expresarle nuestro agradecimiento por su apoyo y eficaz colaboración a este nuestro primer Congreso.

Jóvenes congresistas: llegamos al momento emocionante de clausurar nuestro primer gran Congreso.

Días que no se borrarán nunca de nuestras mentes.

En las 44 reuniones de cada día jóvenes de todas las ocupaciones tratamos como nos habíamos propuesto los problemas que nos preocupan a la luz del Evangelio profundizando la verdad que ha de orientar nuestras vidas.

La asistencia fué de 50.000, número que no parecerá grande en cuanto a las adhesiones recibidas, pero este Congreso ha sido un movimiento espiritual y en espíritu han estado muchas que no pudieron venir y así también han participado las jóvenes enfermas, para ellas se transmitieron por radio las conferencias y ellas se han unido con nosotras ofreciendo por el Congreso lo más grande: su dolor.

Estos tres días que hemos pasado se han caracterizado por la alegría y el entu-

siasmo y no podía ser de otro modo, ya que se vivía en todas las reuniones un ambiente de verdadero amor a Cristo, fuente de alegría y juventud.

Pero el Congreso no puede ser un fervor del momento, del cual nos quede simplemente un recuerdo, sino que esa verdad de Cristo que aprendimos a conocer mejor la actualicemos en nuestra vida diaria de trabajo, de estudio, diversiones y apostolado.

Mujeres jóvenes, es misión nuestra conducir las multitudes. Dar y darnos a todos los que nos rodean para despertar en ellos también el deseo de conocer y poseer a Cristo.

Seamos las jóvenes fuertes y heroicas con el alma llena de santa y pura alegría comuniquemos a todas el mensaje de paz recordando la fuente de toda felicidad.

“Me acercaré al altar de Dios que alegra mi juventud”.

DISCURSO DEL PRESBITERO Dr. MANUEL MOLEDO

En el mástil centenario ya del catolicismo de la ciudad de Buenos Aires, mástil erguido y siempre igual a sí mismo, que sintió flamear al tope muchas glorias católicas; en el mástil de nuestra fe bonaerense que presidió la ruda formación del cristianismo colonial, que presidió las jornadas de la Independencia nacional, a ese mástil magnífico siempre igual a sí mismo, asciende hoy una bandera nueva, la bandera de nuestra juventud. Esa bandera es en sí como todas las banderas y trae cuantas glorias se han venido acumulando, y son ellas las que forman una nueva catolicidad. No porque suplante a la antigua, sino porque le renueva, porque la revive. Viene a aportarle todo lo que la sangre nueva y vigorosa da. Viene a aportar su ofrenda y a depositarle en sus pliegues que aun están empapados con los sudores, con las lágrimas y la sangre de

los que nos precedieron en el amor.

Vienen a aportar la energía vigorosa de su corazón y de su amor, que son ansias de entregarse a Jesucristo en este Primer Congreso, nuestro primer acto ha de ser reconocer, agradecer, enaltecer el trabajo de centenares, de miles de almas que nos han precedido en la lucha del apostolado y de la fe en la ciudad de Buenos Aires.

Nuestro primer recuerdo conmovido ha de ser para aquellos pastores de la Iglesia de Buenos Aires, que han venido sucediéndose en la silla episcopal primero y arzobispal después. Han venido dejando ellos su misma sangre y a pedazos su misma carne.

Con heroicos sacrificios, entre lágrimas de espasmo y de pavor para darnos la gloria, la magnífica gloria que hoy podemos ver. Vaya también nuestro recuerdo

agradecido, hondamente agradecido a la par que lleno de admiración para todos aquellos sacerdotes que a través de este siglo de catolicidad bonaerense han venido sembrando en la ruda tierra que les devolvía rudeza e incomprensión, silencio y soledad.

Esos sacerdotes que han permanecido solos en sus parroquias, solos agotando sus energías, para no ver casi nada de fruto, ellos sin duda nos contemplan desde el cielo, a ellos los de las manos rudas, a esos heroicos sacerdotes que no recogían sino de tarde en tarde; a ellos que han de estar gozando desde el cielo al contemplarnos ofrezcamos esta maravilla que les pertenece por entero.

Vaya nuestro recuerdo agradecido a todos los laicos de la Iglesia bonaerense que en momentos dolorosísimos defendieron nuestra fe.

Ellos solos, no como nosotros, que tenemos la dicha de ir en pelotón; ellos, solos, frente a un mundo duro, frente a un ambiente hostil, lucharon y batallaron y sufrieron enormemente. Así, todavía no nos ha tocado sufrir a nosotros. Sufrieron heroicamente por el triunfo de la Iglesia. Son los precursores de la Acción Católica que hoy se siente palpitante en todos los ambientes de la ciudad.

Para los laicos de ayer que supieron luchar y sufrir para ellos el aplauso de la Acción Católica presente.

Y antes de pasar a hablar del mundo nuevo que vamos a forjar, vaya también el recuerdo nuestro, para aquellos que en las rudas batallas de la pluma y del entendimiento, lucharon bravamente arriesgándolo todo, si bien es cierto suscitando también por la gloria de la Iglesia muchos enconos.

Vaya también para aquellos, los luchadores de la pluma y del entendimiento, los que forjaron con mucha abnegación del

corazón, con mucha labor de la mente y con mucho dolor del alma, nuestro cristianismo. Para ellos, que se personifican aún en un soldado veterano y manifiesto que es el representante de todos, aun hoy entre nosotros, vaya, para Monseñor Franceschi, cuya voz no desfallece, el recuerdo filial agradecido de una juventud que nació al calor de sus orientaciones.

Y ahora, a la joven católica de Buenos Aires, que va a forjar un mundo nuevo, empresa, ciertamente, ni baladí, ni pequeña, empresa sublime y magnífica para la que se requiere ciertamente audacia, y a la cual en verdad no nos lleva presunción de ningún género.

¡Una joven nueva que ha de forjar un mundo nuevo! No quiero decir que sintamos ímpetus mesiánicos, ni que venimos a corregir la plana de aquellos que nos precedieron. Venimos como ya es antiguo en la Iglesia nuestra Madre, venimos a recoger la hoz que está cayendo de las manos de aquellos que las dejan caer, no porque estén cansados, no porque rehuyan la fatiga, sino porque Dios los va llamando a su descanso, para continuar la siembra eterna del eterno sembrador.

Siempre se siega y siempre se siembra de nuevo.

Vamos a forjar un mundo nuevo, no corrigiendo lo que nuestros hermanos y padres en la fe han hecho, sino arrancando la cizaña, que mientras los nuestros dormían —porque hay que dormir para reponer fuerzas— han venido a echar los enemigos. Impedir que crezca la cizaña, no permitir que el enemigo la siembre en nuestro campo, esta es la obra nuestra, la obra de los que podemos mantener muchas vigiliás.

Pero es mucho más lo que hay que hacer que lo que hay que arrancar. ¡Y habría mucho que arrancar sin embargo!

Pero en este día tan lindo, no penetremos en la hondura de la llaga, dirijámonos más bien nuestra vida hacia los horizontes.

tes magníficos de nuestras esperanzas.

Nosotros vamos a destruir el mal del siglo presente, con la gracia de Dios y el auxilio de nuestros pastores, y ese mal es: el miedo de vivir.

La gente tiene miedo de vivir, el mundo tiene miedo de vivir, miedo de vivir tienen las instituciones y las congregaciones de este mundo, y también tienen miedo de vivir los individuos.

Y este miedo de vivir se manifiesta, se presenta en dos corrientes:

Hay quienes tienen miedo de vivir y se sienten apocados, son pusilánimes, viven maldiciendo, viven llorando, arrojando sombras sobre todos los horizontes luminosos, tienen su alma llena de sombra, de angustia el corazón y viven de un horrendo pesimismo. En su pasividad, escóndense, dejando caer las lágrimas, sin obra constructiva y valedera. Son cobardes, por eso lloran; con llorar creen cumplida su misión.

En el canto tercero de la "Divina Comedia", el Dante dice que siente cerca del infierno quejas espantosas y pregunta ¿quiénes son esos que así sufren? Le responde Virgilio: "Son aquellos que no hicieron el mal, pero que tampoco hicieron el bien". El cielo no los puede recibir porque mancillan su gloria, y el infierno no los puede aceptar, porque a su lado los condenados se sentirían gloriosos.

Así define la "Divina Comedia" a los pusilánimes.

Pero, hay otro miedo de vivir no menos peligroso: el de aquellos que no pueden soportar la vida serena, ordenada, tranquila, la vida de todos los días. Son aquellos que todo lo quieren en tono declamatorio; que no sienten el sentido hondo y profundo de la mortificación cristiana, de las pequeñas virtudes. Son aquellos que quisieran llevar todo a punta de lanza.

Aquellos que no sienten el sentido hondo y profundo de la vida, y no soportan el dolor con amor y paciencia, cuando no

pueden eludirlo.

Son semejantes aquellos a aquel niño que un día el genio maléfico de la leyenda le entrega un ovillo de bramante y le dice: "Yo no puedo extender tus días, pero puedo acortar tus penas; cuando lleguen las horas largas y tristes de tu vida, tira el bramante de este ovillo, para que pasen pronto.

Y el niño sintió primero el deseo de gozar de los placeres de la juventud y tiro del bramante para que pasaran pronto los años infantiles y fué joven, y luego se enamoró y para satisfacer su pasión quiso que el tiempo pasara pronto y tiró del bramante, y después vinieron las penas y las horas tristes y para acortarlas, tiró del bramante... y el bramante se acabó... y cuando se halló en los últimos días de su vida, aquel hombre entendió... que había vivido solo pocos días.

Esos también tienen miedo de vivir.

Nosotros no. Para forjar un mundo nuevo, lancémonos jóvenes católicas de Bs. Aires, jóvenes católicas de la República entera, lancémonos a la labor que va hacia la construcción, construcción interior y construcción exterior, amemos las virtudes calladas, las virtudes del hogar.

Mientras el mundo toma en sus manos a la mujer y le asienta en el aire de la ciudad, vosotras, poned una profunda consistencia en vuestra vida para que no os puedan aventar. Primero a casa, jóvenes. **Mirad: nuestra casa es el nido y la cuna, y el término de este Congreso.**

Vosotras no hubiérais podido realizar este Congreso magnífico, si en vuestras casas, vuestras madres, no hubieran tomado vuestro lugar durante más de cuatro o cinco meses. Fué necesario que ellas tomaran vuestra labor cotidiana, para que vosotras pudiérais realizar esta obra. Por consiguiente, eso demuestra que la casa, vuestro trabajo de casa es lo primero, y que allí, en la casa, es donde se forja la mujer de mañana.

Las que hicieron este Congreso, y lo digo yo que las conozco, son todas ellas mujeres de su casa. Así, es que no se opone la casa a la acción, antes bien, al contrario, la casa es el nido, es el horno de la acción, de la acción nuestra.

No las confundáis con las que se llaman feministas.

El feminismo de la A. C. y de todas las jóvenes católicas aquí presentes, es el feminismo de la joven que sale de su casa al amanecer para volver a ella al atardecer, como el pájaro, no queda fuera de su nido por la noche. Tenéis que forjar el mañana jóvenes de Bs. Aires y en este momento, en que siento flamear yo y vosotras, al tope del catolicismo, la bandera de la nueva juventud femenina, os ruego contempleis a quienes tiran, a quienes han tirado del bramante de nuestro ovillo: son vuestros padres con su labor diaria y cotidiana, vuestras madres, que tomaron vuestros puestos de labor y vuestros hermanos que os alentaron con el calor de sus elogios y acompañandoos y a nuestros pies, están las juventudes masculinas de Buenos Aires que os aplauden —y digo esto hablando con el corazón en los labios— y que esperan el día, en que vuestra bandera blanca flamee— unidos todos en una sola voluntad junto a la bandera roja del sacrificio de la rama masculina, que está dispuesta también a celebrar su congreso de los jóvenes. Así, unidos todos en una sola voluntad, sentiréis de pronto que vuestras manos están pegadas de barro... ya están adquiriendo el carácter de modeladoras, de creadoras, de manos capaces de forjar mundos, con la ayuda, con la gracia del Señor.

¡Quisiera que se irguiera este mástil hoy más que nunca! Junto al mástil de esta bandera hay otro más lindo y más alto y más grande: el mástil sempiterno de la Iglesia Universal.

En ese mástil está Aquel que un día en el Gólgota se hizo una bandera. Aquel

que anidó en ella llevando en su sol una corona de espinas, en sus manos fuentes abiertas que manan sangre fecunda, un corazón partido y los pies uncidos al madero... Un mástil que es cruz y una bandera que es Cristo ensangrentado.

Es el mástil de las glorias sangrantes de la Iglesia.

Se yergue allí el mástil santo y es allí donde tenemos que ir a buscar, jóvenes católicas de Buenos Aires, el sacrificio, el heroísmo, la sangre, la sangre caliente del Cristo, ese que habéis recibido 25.000 en la misa que se acaba de celebrar esta mañana. ¡Es la sangre del sacrificio, jóvenes católicas de Buenos Aires!

La bandera del cristianismo es bandera de austeridad, de heroísmo, de amor, de abnegación y de renuncia. La bandera del cristianismo es bandera de amor, pero de amor fuerte, de amor fecundo.

Es bandera que exige del hombre que sea cristiano, cristiano siempre en todo momento: en la oficina, en el taller, en la calle, en la plaza, en el lecho matrimonial y en todos los ambientes públicos y privados, cueste cuanto cueste. **Es la bandera que quiere que el cristiano sea como el Cristo, siempre igual a sí mismo.**

Por eso vosotras jóvenes católicas de Buenos Aires habéis reunido en este Congreso a muchísimas jóvenes de todos los ambientes, a la mujer del trabajo, a la obrera, a la mujer del libro, la joven estudiante, o la universitaria, a la independiente y también a unas jóvenes católicas que hoy no pudieron venir porque quedaron en las casas, junto a los platos, junto a las ollas, junto a la escoba, me refiero a las que se dedican al servicio doméstico, para ellas que estuvieron con Uds. y que con nosotros deliberaron, un recuerdo espiritual porque ellas también participaron de este Congreso flameando al tope del mástil del catolicismo de Buenos Aires.

Ya empezó a forjarse en estos días el mundo nuevo. Sí, ya empezó a forjarse. Sois todas una sola cosa, una sola fuerza, una tormenta, indestructible, poderosa, unidad de fuerza católica, poderosa, ecuménica, universal.

El mundo nuevo ya comenzó. Está en nosotros, lo llevamos en nuestras manos, en nuestras mentes, en nuestro corazón, en nuestras frentes, por eso jóvenes católicas se os sentía venir como se siente llegar la primavera.

Palabras del Emo. Sr. Cardenal en el acto de la clausura del Primer Congreso de las Jóvenes Católicas

Jóvenes católicas: Recojo estos aplausos, no para mí: los recojo para esta bandera azul celeste, símbolo de nuestra patria terrenal y para esta bandera blanca y oro, símbolo de nuestra patria espiritual, la Iglesia Católica.

Recojo agradecido estos aplausos para vos, Excmo. Señor Presidente de la Nación. No hace mucho, llamásteis a la juventud de nuestra patria, y aquí está. Excmo. Sr. Presidente, la Juventud femenina de Buenos Aires que ha venido a decir: sólo en Cristo hay salvación.

Recojo agradecido estos aplausos también para vosotras mismas, queridas jóvenes de la junta arquidiocesana de la A. C. y para la comisión organizadora, las queridas jóvenes de todas las instituciones femeninas de Buenos Aires, que habéis querido este Congreso, realmente estupendo, realmente maravilloso.

Jóvenes católicas: en estos días, el escuchar el Evangelio y las enseñanzas de la Iglesia, ha reanimado en vuestro corazón el fuego misterioso que vino Cristo a traer a la tierra: el fuego de su amor.

Y bien: en esta mañana memorable, tomad, jóvenes católicas, una antorcha; acercadla a vuestro corazón y luego, con esa antorcha, diseminad por todos los ámbitos de la arquidiócesis de Buenos Aires. Llevad esa antorcha prendida en amor de Jesucristo, a las fábricas y a la oficina donde trabajáis y decidle a vuestras compañeras que Cristo es el único camino. Llevad esa antorcha a los colegios y a las universidades y decidles a vuestras compañeras que Cristo es la única verdad. Llevad esa antorcha, iluminada en amor de Cristo a vuestros hogares y a todo Buenos Aires y decidles a todos que Cristo es la vida.

Y ahora, jóvenes católicas, la bendición de vuestro Cardenal Arzobispo emocionado, y la bendición para el Consejo Arquidiocesano de la A. C., la comisión organizadora del congreso y a todas las jóvenes que le han prestado su apoyo y la bendición para las 150 mil jóvenes católicas representadas por vosotras; la bendición para todas las jóvenes de Buenos Aires, para que alaben la grandeza de la Iglesia y de la Patria.

AMICITIA, quiere con este número extraordinario, contribuir a conservar en las jóvenes congresistas universitarias, los ideales sugeridos por cada conferencia, brindando las anotaciones que debemos a la tarea de nuestras compañeras Delia Piot y María Edelmira Arenillas; e invita especialmente a las estudiantes de Filosofía y Letras —fiel a su lema: MANIBUS IUNCTIS—, a perseverar, después del Congreso, en la unión de inteligencia y voluntades para el triunfo de la Verdad y el Bien. inscribiéndose como AMIGAS DEL CIRCULO SANTA TERESA DE JESUS.